

PARA TERMINAR CON « LA CIVILIZACIÓN »

"La civilización" es una invención retórica que, desde hace tres milenios, ha justificado las peores masacres, robos y destrucciones perpetuadas por los dominadores, sean quienes sean. Un argumento político que camufla un arma de destrucción masiva. En un siglo, con dos Guerras mundiales, múltiples genocidios y "*purificaciones*" étnicas o religiosas, este estandarte ha alcanzado un resultado superior a lo que lograron los conquistadores del pasado: *¡sin límite y sin futuro!*

¿Cómo es que el paradigma de la civilización, su representación fantasmagórica se encuentran en el origen de los desastres contemporáneos? El objeto de este ensayo consiste en inventariar y tejer los lazos. De hecho, las crisis postmodernas del "*desarrollo*", del medio ambiente, del desempleo, de la economía, de la digitalización y mercantilización del mundo están ligadas a la matriz civilizadora. Así como también la extensión del cáncer a todas las formas de la vida social y la vigilancia total de la sociedad. En cuanto a la defeción de la política y sus callejones sin salida, ello no puede estar dissociado.

Establecer tales lazos chocará, pero permitirá también pensar de una manera diferente en el florecimiento de las guerras civiles y de religión, las nuevas formas de barbarie que se entrecrocans (*...sur l'écran vidéo du chaos...*) de este principio de milenio. Un camino necesario para (*... reconstruire le rapport au monde perdu et la citoyenneté abolie*)

François de Bernard, filósofo y consultante, dirige la red de GERM (www.mondialisations.org). Es autor de numerosos ensayos y ficciones, entre los que podemos citar *La Cité du chômage* (Verticales, 1997), *L'Emblème démocratique* (1001 Nuits, 1998), *La Pauvreté durable* (Félin, 2002), *La Fabrique du terrorisme* (Y. Michel, 2008), *L'Homme post-numérique* (Yves Michel, 2015).

Traducción de los párrafos 7.1. ; 7.2. y 7.3. del Capítulo 7.
“Contra Toda civilización” del libro “PARA TERMINAR CON « LA CIVILIZACIÓN » - Un mito bárbaro” de François de Bernard

7.1. El desmantelamiento de la ilusión

La ilusión de la civilización es una de las primeras causas de los males del mundo.

Desde la Antigüedad, esta ilusión es responsable de males devastadores y de crímenes sin fin, tanto en “Occidente” como en “Oriente” y en el “resto del mundo”. Es el motivo principal de las guerras imperiales, de las guerras mundiales y de muchas otras. Es el cómplice indispensable de los genocidas, desde los Charrúas (1) hasta la Shoah y el Ruanda, pero también desde mucho antes. Se la encuentra actuando en las colonizaciones más feroces y las descolonizaciones más destructivas. Es el instrumento privilegiado de las nuevas guerras civiles “étnicas” y de religión. Está en el corazón del paradigma de “desarrollo” y de la relación irrazonable con el medio ambiente que ha dominado en el mundo europeo y norteamericano hasta los años 1960, y que luego se ha impuesto en todos lados durante medio siglo, en particular en los llamados BRICS (2).

Sin embargo, excepto el rol esencial de la denegación en reconocer esta causa, existe el derecho de interrogarse sobre la rareza de los análisis que se han sustentado en un diagnóstico semejante (3) y sobre la modestia del eco que ellos han suscitado. Aparece así indispensable clavar una vez más, con un martillo que golpee desde un ángulo diferente.

7.2. El instrumento de la celebración

Uno de los problemas claves a enfrentar consiste en la multiplicidad de definiciones reivindicadas por la “civilización”, con la ambigüedad y la confusión que de ellas resultan.

Al menos tres tipos de perspectiva tienen, cada una a su manera, anclada la idea de civilización en nuestro imaginario, nuestra visión del mundo y las acciones políticas, militares, religiosas, económicas, educativas y culturales que de allí han resultado. Estas tres perspectivas son la histórica, la política y la narrativa.

El primer punto concierne a la historia como disciplina y la visión que ella le ha impreso a la idea de civilización. Desde este punto de vista, fuerza es subrayar que la historia enseñada mayoritariamente pone en escena a los “personajes” de las civilizaciones como actores, cuya existencia misma sería irrefutable, en el rol esencial y en la función decisiva en cuanto al destino de la Humanidad. Que se trate de Atenas, Roma, Bizancio, de la “civilización árabe-musulmana” o “árabe-andaluza”, del “Imperio Chino”, de las civilizaciones inca, maya o azteca, de las “edades” o “siglos de oro” (4), la historia desgrana y disecciona sus civilizaciones con nostalgia o cientificismo como hechos incuestionables de los cuales no se puede discutir sino la influencia relativa que ellos habrían tenido “sobre el resto”, comprendiendo allí sus “agujeros negros” (5). Es así como la escritura de la historia propuesta en Francia en el siglo XIX, según registros diferentes pero complementarios, por luminarias tales como Víctor Duruy o los famosos Mallet e Isaac, esta puesta en escena cuidadosamente difundida por los maestros de la Tercera República, han tenido una influencia considerable, por ejemplo, sobre las colonizaciones contemporáneas, el Affaire Dreyfus, o aún sobre la percepción y lo vivido en las dos guerras mundiales.

La segunda perspectiva, al haber fabricado con una eficacia temible la “legitimidad” de la civilización, es la visión de la “gran política”, de la cual los dos últimos siglos ofrecen numerosas encarnaciones, de Napoleón Primero a Bismarck y al presidente Wilson, de Mussolini a Stalin, de Hitler a Hiro-Hito, y del tándem Nixon-Kissinger a Mao Tse Tung y Vladimir Putin. Con esta *gran política* lo que importa es, en primer término, que el líder político y/o el jefe militar pueda *situarla* en relación a los mayores referentes de un pasado forzosamente glorioso

–en Grecia, el Imperio Romano, el “*Siglo de Luis XIV*”, la Rusia de Pedro el Grande o de Catalina la Grande... Es, entonces, que los objetivos de esta política permiten agrandar aún más el horizonte brillante, sea gracias a la superficie de territorios conquistados, a la dominación de naciones rivales o consideradas subalternas (6), a la toma de control de riquezas estructurales (agrícolas, mineras, energéticas, industriales, culturales, patrimoniales...). Dentro de esta perspectiva, “*la civilización*” –el discurso que la sostiene como una antorcha- es un instrumento precioso, incluso irremplazable. Está en juego el origen prestigioso del cual reivindicamos proceder, una civilización magnificada en todos los aspectos, de la cual nosotros seríamos los herederos en línea directa, con lo que eso supone de legitimidad infusa pero también de las obligaciones futuras a fin de que esta civilización siga su sendero luminoso, como ella lo merece... En ese dispositivo político, “*la civilización*” es una herramienta regulable, sin igual, a la cual se la ajusta a medida, a los proyectos presentes, tanto por el pasado (nacional o imperial, pero siempre excepcional) como para el provenir.

La tercera perspectiva, combinada con las dos precedentes, ha desempeñado un rol mayor en el advenimiento de la civilización del Becerro de oro como estatua abroquelada. Es su celebración por grandes y pequeños relatos en los cuales nosotros nos hemos inmerso desde la infancia a pesar nuestro, tanto los post-ciudadanos de 2016 como los ciudadanos de 1792 o los *poilus* de 1916. “*La civilización*”, en efecto, está constituida por una multitud de relatos, gloriosos e intimistas, importantes o anecdóticos, que nutren a otros de manera incesante, según un proceso interactivo, de tal suerte que la profecía continúa autoejecutándose. La gesta napoleónica es un ejemplo familiar de esta producción narrativa de efectos realmente asombrosos “*¡De lo alto de esas pirámides, cuarenta siglos os contemplan!...*” En esta perspectiva, lo que cuenta en primer lugar es el relato mismo (su calidad, su fuerza simbólica, su brío), pero aún más las cualidades propias del narrador. En efecto, si a él no le falta talento, puede descontar que *el relato de la civilización* que despliega subyugue a sus auditores y admiradores hasta el punto de que ellos tendrían la convicción de ser ellos mismos parte del relato o incluso de jugar allí un rol significativo. En ese ritual de

encantamiento, la civilización aparece como un *continuum* del cual es mejor no interrumpir su curso, a riesgo de ver de golpe que la magia se rompe...

Lo que une a esas tres perspectivas, que se sostienen mutuamente es su carácter instrumental. “*La civilización*” del pasado, por consiguiente la civilización del presente, pero también del futuro, *sirve* a una escritura de la historia, a una reescritura de hechos (olvidados, después revivificados bajo nuevos hábitos) que también *sirve* a los proyectos presentes (de gran política o pequeña), los cuales son como puentes lanzados al futuro – un futuro que se proyecta en la gran pantalla del pasado traducida al gusto de la época.

Pero lo que une profundamente estas perspectivas, es la evidencia de positivo con la que cada una inviste a “*la civilización*”, verdadera máquina que impedir pensar sea lo que fuere en lo que a ella concierne. Con esta idea positiva con la cual ella está engalanada inobjetablemente , depositando sobre su cabeza una corona real, es que toda discusión crítica del concepto y del argumento de “civilización” se ve anulada o desconsiderada de entrada. ¡Tal es el sortilegio de la civilización!

7.3. ¡Y, sin embargo!

Para decirlo de manera elíptica, y no brutal, nada permite comprender o “justificar” las peores exacciones cometidas durante las colonizaciones, las masacres inimaginables de las guerras mundiales, la Shoah y los otros genocidios, la perpetuación sin fin de tales atrocidades, la devastación ecológica del mundo “en desarrollo” siguiendo la del “desarrollado”...nada sino *el argumento de la civilización, la pretensión a la civilización, el mito de la civilización* – que forman la más letal de las armas de destrucción masiva inventadas por el hombre.

- (1) Los Charrúas, pueblo amerindio cuya área geográfica se extendía sobre las orillas del Río de la Plata, entre Argentina, Uruguay y Brasil, resistieron valientemente a la colonización hispánica, antes de ser exterminados a principios del siglo XIX. Al respecto leer *Genocidios, Etnocidios y Vida* (2000) de Mauricio Langon.
- (2) BRICS es el acrónimo inglés que designa a un grupo de cinco países: Brasil, Rusia, India, China y Sudáfrica, llamados “emergentes”, que representan cerca de la mitad de la población mundial y han contribuido de forma notable al crecimiento económico en los dos últimos decenios. Ellos se reúnen regularmente a fin de reforzar y hacer convergentes sus posiciones.
- (3) Subrayamos al respecto la obra esencial del filósofo español Reyes Mate y el alemán Wolfgang Kaempfer, muy poco difundidos en Francia. De Reyes Mate, conviene leer sin demora *Medianoche en la historia* (Ed. MIX, 2009) y *Pensar en Español* (PUF, 2001). En cuanto a Wolfgang Kaempfer, se puede proponer en francés *El doble juego del tiempo* (L'Harmattan, 1998)
- (4) Voltaire mismo tiene su parte de responsabilidad en el asunto ya que, con su *Siglo de Luis XIV* propagó en Europa la idea de que una civilización tenía sus “siglos de oro” y procuró así su aval a esta hipótesis cuestionable.
- (5) Ciertamente, esos agujeros son de menos en menos negros a la luz de las investigaciones históricas que rehabilitan uno después de otro los períodos (como el “medieval”) hasta allí supuestamente oscuros, regresivos, bárbaros...mientras que ahora se los descubre refinados, sutiles, complejos.
- (6) Los “subhumanos” son muy anteriores a los años 1930...